

The cover features a black and white line drawing of a branch with several leaves. The leaves are partially filled with a vibrant red color, which also appears as various sized splatters and blotches scattered across the white background. The overall aesthetic is graphic and expressive.

# *El blanco color del odio*

Abigail Villalba Sánchez

Ilustrado por Itziar Aguado García

# El blanco color del odio

Abigail Villalba Sánchez

Ilustrado por Itziar Aguado García

Copyright © 2019 Abigail Villalba Sánchez

Todos los derechos reservados.

ISBN:

Para ti,  
porque incluso las sombras necesitan un poco de luz.

# CONTENIDO

Agradecimientos

1 Título del capítulo 1

## AGRADECIMIENTOS

*Abigail Villalba Sánchez*

Bueno, bueno, bueno... hay a mucha gente a la que me gustaría mencionar en este pequeño espacio.

En primer lugar, como siempre, a Sara, por aguantarme día y noche y por leerse cada párrafo siete millones de veces. No sé qué haría sin ti.

En segundo lugar, a mi familia, por acogerme y aguantar que viva en mi "cueva" durante días enteros.

También quiero darle las gracias a Itziar (y a todo The art corner), no solo por su magnífico trabajo con las ilustraciones, sino también por alimentarme durante los eventos y darme conversación.

¡Y a ti, lector, el mayor agradecimiento! Gracias por confiar en este rincón de letras y trazos que lleva una parte de nosotras mismas.

Espero que disfrutes de cada página.

\*\*\*

*Itziar Aguado García*

Creo que es la primera vez que escribo una dedicatoria de este estilo. No tengo mucho que decir, supongo que gracias a Álvaro por buscar y mirar muchas, pero muchas fotos de referencias, y aguantarme con paciencia y amor. Como no darle las gracias a mi pequeña familia que son The Art Corner, que cada uno de ellos me escucha una y mil veces hablar sobre lo mismo, pero ahí estan siempre.

Tambien a Abigail por darme esta oportunidad, y que de estos proyectos y convenciones nazca una bonita amistad.

Y por último e imprescindible, ¡A los lectores! Deseo de todo corazón que os guste y podáis disfrutarlo al máximo.



## El blanco color del odio

El pasillo por el que caminaba no estaba iluminado. Solo era un vacío que se extendía hasta llenar la nada de silencio, de opacidad y de negra tranquilidad. Y aun no habiendo nada en esa oscuridad que conformaba el pasillo, él lo sentía todo. Sentía la perturbación que emanaba él mismo, como si su propio cuerpo rechazara estar allí, pero también sentía mucho más: la vibración de las paredes, sus propios pasos, el monótono silencio de esos seres que le observaban como aves de rapiña esperando su banquete.

Ertael hacía tiempo que no pisaba aquellas salas dejadas de la mano de Dios, aunque reconocía el camino incluso en aquella oscuridad imperecedera.

Un temblor que nada tenía que ver con el miedo le recorrió con fuerza, mientras escuchaba cómo el silencio se rompía al abrir alguien una puerta.

Desde luego, pensó, mientras metía las manos en los bolsillos de su tres cuartos blanco, él no era el único que utilizaba aquel rincón olvidado. Muchos de los que eran como él conocían la existencia de las Cámaras, y dado que aquel lugar coexistía fundamentado por ambos mundos, no era del todo extraño encontrarse con alguno de los suyos.



"Los suyos".

Así era como había terminado por nombrar a aquellos que habían sufrido su ira. "Suyos" como si los hubiera parido o creado, aunque lo cierto es que no había sido él quien los había empujado a ser quienes eran. Aun así sentía que usando esa palabra, "suyos", estaba más cerca de todos y cada uno de ellos. No quizá como una familia, pensó, mientras seguía caminando a través de la oscuridad, pero sí como parte de un mismo odio, de un mismo pensamiento unilateral.

Odio. Qué palabra más sencilla y visceral. Una palabra de cuatro letras que compartía más de una característica con el Creador, si se miraba desde el punto correcto.

¿Aún seguía pensando que su visión de las cosas era única y correcta, a pesar de todo?

Decir que no sería mentir y él solo mentía en una cosa.

Ertael se detuvo al sentir una punzada de dolor en la nuca. La sensación fue molesta, pero no tan hiriente como acostumbraba. Era como una sombra que hacía las veces de recordatorio.

Sus labios se curvaron en una fría mueca cuando pensó en si existía la posibilidad de olvidar algo como eso. Quizá Él sí pudiera, porque Él lo podía todo, pero alguien como Ertael y los que le habían seguido jamás alcanzaría esa dicha.

Estaban malditos. Condenados a servir. Exiliados a sufrir el libre albedrío que sí se les había otorgado a los humanos.

Qué cansado estaba. Llevaba demasiado tiempo soportando aquella situación. Demasiadas vidas, demasiadas eternidades. Demasiados infinitos.

Finalmente, Ertael se detuvo frente a una puerta completamente negra que se iluminó, al cabo de unos segundos, con un chasquido de brillante luz blanca. La superficie de esta era cristalina y estaba pulida, así que lo único que vio tras el estallido fue su propio reflejo.

Ya casi no se conocía: ojos ámbar, gélidos, piel nívea. La larga trenza de cabello plata que nacía en su coronilla, y que se esforzaba por evitar los laterales rapados de tan recta que estaba. La ropa blanca, impoluta. Y esa expresión de condenado, tan a caballo entre el odio y la tristeza.

Ese era él, aunque no siempre hubiera sido así.

—Ya sabes a qué vengo —informó, de malos modos, a ese ser que mantenía la puerta cerrada a cal y canto—. No tengo mucho tiempo.

La puerta tardó un par de minutos más en abrirse. La luz blanca volvió a

chascar y se apagó mientras él avanzaba y dejaba el pasillo atrás.

La habitación también estaba sumida en tinieblas, aunque poco a poco surgió de las esquinas un tenue resplandor rojizo que se desparramó por su ropa blanca y la tiñó de sangre.

—¿Qué vienes a hacer aquí?

La voz provenía de un hombre, pero cuando giró la cabeza hacia la criatura que se le acercaba comprobó que hacía poco que había mutado: tenía los rasgos suaves, cincelados en el rostro, pero encajaban bien con el resto del cuerpo, fibroso y delgado. Su sexo semi erecto se balanceaba con sus pasos, aunque el joven parecía reacio a acercarse.

—Vengo a olvidar. A olvidarlo todo.



—El olvido tiene un precio. —El hombre, ese que había sido mujer en la sesión anterior, se acercó a él con un gesto muy ávido, muy animal. Enredó la trenza de Ertael en torno a su mano y tiró de esta con brusquedad hasta que los ojos dorados del que una vez fuera un ángel se clavaron en los suyos—. No será caro.

Ertael se revolvió y se zafó de las largas manos de la criatura. Después se quitó la chaqueta blanca, la camisa impoluta. A eso le siguieron los zapatos albos y el pantalón. No tardó en deshacerse también de la ropa interior.

Se estremeció.

—Nunca pago por adelantado.

El hombre chasqueó la lengua, molesto, mientras se llevaba las manos a la cabeza y pasaba uno de los dedos por cada punta de su cresta. Después hizo un gesto, leve, pero indudablemente elegante y le indicó que se arrodillara.

La luz de las esquinas de la habitación se tornó brillante en cuanto Ertael clavó rodilla en tierra. Las sombras se disiparon bruscamente y todo se llenó de un doloroso color rojo.

Ertael gimió de placer cuando sintió el pinchazo de dolor en los ojos. Durante ese breve segundo olvidó la resignación que le había llevado allí, una resignación larga y monótona, que crecía cada día y se enquistaba.

Segundos después sintió al demonio, que acarició su nuca antes de ponerle una gruesa argolla. El único sonido que atinó a oír fue la reverberación metálica de los grilletes en sus manos.

Su sexo se sacudió levemente y se endureció un tanto.

—¿Qué vas a olvidar?

La voz del demonio era cadente, grave. Como una melodía que escuchar de fondo, ya que cubría cada pensamiento, cada lejano grito de su memoria. Le bastó esa pregunta para relajarse bruscamente: las voces de su cabeza, esas que suplicaban ayuda, se silenciaron. Ahora solo escuchaba recuerdos, ácidos recuerdos con los que aún podía batallar.

—Todo —respondió, en un murmullo dejado.

—Soy un seguidor de Asmodeo —se presentó, mientras cogía una fusta de la pared—. Y así deberás llamarme.

—Asmodeo —murmuró Ertael, con sorna, recordando al demonio de tres cabezas que gobernaba el segundo anillo del infierno—. Qué jodido pretencioso.

La segunda descarga de dolor le alcanzó en el muslo derecho, donde se estrelló la larga fusta del demonio.

Apretó la mandíbula y no dejó escapar un solo gemido.

—Aquí no toleramos las faltas de respeto.

Ertael no se disculpó. Nunca había sido de los que cedían, ni siquiera ahora que estaba de rodillas. Al demonio, pensó, sí se sometía de buen grado, pero no a Él.

—¿Qué quieres olvidar primero? —preguntó Asmodeo, mientras paseaba a su alrededor con tranquilidad. Nada, salvo su sexo erecto, rompía su aparente serenidad. Se detuvo al llegar tras él y apoyó ambas manos en su cabeza—. Vaya... qué festín. Hacía mucho que no venías, Ertael, seguidor de los caídos. Veo que tienes muchas cosas que olvidar.

—La impotencia —suplicó entonces, con un estremecimiento—. Quiero dejar de sentirla.

Asmodeo sonrió. Conocía la sensación que manejaban en esos momentos. Ambos la compartían de una manera absurdamente íntima, pues el objetivo de tanta inquina era un mismo ser.



Acarició entonces sus hombros con la fusta, lentamente, mientras dejaba que los recuerdos del ángel se cohesionaran con los suyos propios. Vio en ellos lo que tantas veces había visto antes, pero desde su punto particular de vista: sintió los gritos, las llamadas a retirada, la sangre escurriéndose por las manos, las alas emplumadas y sucias.

La impotencia de aquellos recuerdos era casi palpable. Y deliciosa.

Ertael temblaba bajo sus manos, complaciente, desesperado por obedecer y ser premiado.

Por eso ni siquiera se atrevió a quejarse cuando Asmodeo le mordió la zona que existía entre el hombro y el cuello. El estallido de dolor fue intenso, cegador, jodidamente placentero. Su sexo se sacudió en consecuencia, más aún cuando sintió un reguero de sangre resbalar por sus costillas.

—No es suficiente —siseó Ertael, fríamente, mientras echaba la cabeza hacia atrás y notaba los colmillos del demonio clavándose en él—. Sigo oyéndoles. ¡Sigo oyéndoles!

El demonio sonrió con lentitud. Sus ojos de plata se entrecerraron un instante, mientras se relamía y tragaba.

—Eres impaciente —ronroneó y le obligó a separar más las rodillas. Al obedecer Ertael se percató que ahora la cadena de su cuello estaba tensa y le obligaba a tomar inhalaciones rápidas—. Quizá por eso ahora no estés ahí arriba, con Él. Tus decisiones fueron... impacientes.

—¡No lo soy! —estalló y trató de ponerse en pie. Un golpe en el costado y otro a la altura de los riñones bastaron para que se quedara quieto de nuevo, mientras gemía de placer y dolor. Era este el que cegaba sus ojos y cubría de

nada sus oídos. Solo el blanco, el impoluto destello blanco que le destrozaba físicamente era el que le procuraba más paz. Precisamente por eso estuvo a punto de levantarse de nuevo, pero su orgullo se lo impidió. Se limitó a esperar, jadeante, que se difuminara esa agradable reminiscencia de placer culpable.

—Ira —ronroneó Asmodeo con regocijo. El demonio con aspecto humano hizo un gesto con la mano y bajó un poco el brillo de las luces, de manera que su silueta, a medio camino entre hombre y mujer, se dibujaba en negro y rojo —. No sé qué haces allí arriba, entre tanto algodón, Ertael. Encajarías mucho mejor aquí. Con el fuego, la rabia y la perversión —susurró y se agachó insolentemente para quedar a la altura de sus ojos.

Ertael levantó la cabeza y clavó los ojos, gélidos, en las ascuas del demonio. En ellos se adivinaba un dolor profundo y viejo, una historia que no quería ser contada y un resentimiento latente, propio de los que, como él, habían caído en el Levantamiento.

Gimió de dolor.

Los recuerdos le taladraban la cabeza con clamores de sangre, con la voz de Él atravesando espacio, tiempo y almas y también escuchaba su propia voz suplicando que todo se detuviera.

Apretó los dientes. Desvió la mirada y la clavó en la nada. Al final, mientras el silencio se escurría por los huecos que dejaba su respiración, tomó aire y se resignó al aroma a sexo y resignación que se disgregaba por la habitación.

—Soy un buen soldado —rezongó, mientras sonreía con acritud—. No te imaginas lo bueno que soy.

Asmodeo sonrió sin burla. Respetaba a los guerreros como él y como los que acudían a sus puertas en busca de un poco de alivio.

Del Levantamiento, pensó mientras se inclinaba para besarle, ellos habían sido los peor parados.

Pese a la frialdad del ángel caído, el beso fue indescriptiblemente suave, apenas un roce de labios, un breve intercambio de energía. Se separaron segundos después y cuando lo hicieron fue Asmodeo quien se echó a reír.

—Sufres, ¿eh? Sufres tanto como nosotros. Mírate —le señaló, con desdén—. Sometido. Humillado. Forzado —añadió, definiendo cada sílaba con un matiz de voz más bajo, más ronco y animal. Después alargó la mano y cogió el sexo erecto del ángel. Este se tensó bajo su gesto, especialmente cuando el

demonio apretó con la fuerza necesaria para arrancarle un leve gemido—. Y todo a cambio de olvidar lo que te hace ser quien eres. Es muy... irónico. Y fascinante, sobre todo fascinante.



—¡No tengo tiempo para esto! —La voz de Ertael, entre irritada y suplicante, sonó clara y dejó entrever el malestar que le corroía por dentro—. ¡Haz lo que tienes que hacer y déjame en paz! No necesito tu charla barata de sanguijuela. Ni tu sucia compasión —escupió, mientras le miraba con rabia—. ¡Solo quiero olvidar! ¡Silenciar sus putos gritos y dejar de verlos a todos! ¡Haz que ocurra o no verás una solo segundo de pago!

Asmodeo sonrió y se pasó la lengua por los labios. Adoraba la sensación de poder que le recorría cuando veía a un ángel desesperado. Se le ponía dura con solo pensarlo.

Aun así, quería hacerlo rápido para abandonar las Cámaras y regresar con los suyos.

Algo en Ertael no terminaba de gustarle, y no era solo la rabia que sentía lo que le ponía nervioso. Era él mismo y esa desolación tan infinita y fría, tan... mortal, si es que alguien como Asmodeo podía pensar esos términos.

Ladeó la cabeza y contempló al ángel y su gélida perfección mancillada. Era terriblemente excitante, le gustara al demonio o no. Demasiado tentador como para negarse.

—Como pidas —remarcó esa última palabra y se apartó de él con tranquilidad, mientras su figura se perdía tras el brillo rojizo y las sombras

perpetuas que arrojaban. Después caminó por las sombras y cogió una gruesa tira de cuero que había colgada en la pared. Regresó a él en silencio y dejó que su pecho emitiera un ronroneo grave, similar al de un gato.

No le dio explicación alguna de lo que iba a hacer aunque estaba casi seguro de que Ertael conocía sus métodos. Confirmó su teoría poco después, cuando soltó la argolla y él tembló de anticipación mientras tensaba el cuero alrededor de su cuello. La sensación debió de excitarle tanto como a él mismo, porque su sexo, ya erecto, sufrió un espasmo.

—¿Esto es lo que quieres? —preguntó Asmodeo con voz sibilante mientras acomodaba su sexo entre sus nalgas y se rozaba impudicamente mientras tiraba de los extremos del cuero—. ¿Esto también quieres olvidarlo? —continuó, mientras se rozaba hacia delante y hacia atrás y ejercía más presión en su cuello al tirar hacia atrás de la tira. La respiración de Ertael se tornó un silbido agudo intermitente, que acompañaba a la violenta y repentina nitidez de las venas azules bajo su piel blanca.



Asmodeo sonrió con voracidad y dejó que su esencia más pura y animal devorara el resto de su apariencia humana: su rostro se alargó un tanto, al igual que sus colmillos y manos. La cresta que hacía las veces de pelo se libró de la ilusión tras un cabeceo del demonio y dejó al aire el desnudo hueso oscuro de los de su especie.

La transformación del demonio se mezcló con pequeños puntos blancos que aparecieron al poco en su campo de visión. Luego las sombras se mezclaron, y también la sonrisa ácida de su obligado compañero. Sintió el corazón latiéndole contra el pecho. Podía incluso contar sus violentos golpes,

que parecían acompañarse al vaivén del pene de Asmodeo rozando la entrada de su ano.

Y de golpe, cuando el corazón estuvo a punto de detenerse, lo sintió: el estallido de luz blanca, el oxígeno que entraba violentamente en sus pulmones, sus latidos redoblando el golpeteo que parecían latir en todas partes.

La luz le cegó dolorosamente. El dolor estalló en su cabeza y sacudió sus cimientos de arriba abajo. Y mientras el momento de calma regresaba, escuchó, a lo lejos, la voz de Él, que parecía llamarle desde donde estuviera.

Y luego, el silencio. El conmovedor silencio. Un fragmento de exilio, de paz, de sí mismo. Un poco de oscuridad para demasiada luz.

Ertael tardó unos segundos en recobrar el sentido de la realidad. Regresó en sí mismo como si fuera su sensibilidad hubiera sido arrancada de cuajo y ahora hormiguera en todas partes. Lo primero que sintió fue el calor. Y después... los largos dedos de Asmodeo en su ano.

Un gemido escapó de sus labios.

El suspiro se entremezcló con el húmedo sonido del lubricante al ser extendido metódica y rápidamente. Se estremeció de anticipación y dejó que el peso de todo reposara sobre las rodillas. El dolor de sus brazos pareció aligerarse, pero no tardó en sentir un desagradable cosquilleo en las piernas.

Aun así fue incapaz de decir nada. Tenía la garganta seca y no se sentía lo suficientemente lúcido como para decir algo coherente, ni siquiera para pensarlo.



Y fue entonces cuando sonrió con abandono, mientras se tambaleaba hacia delante y le entregaba su escasa libertad a otro. El peso que habitualmente llevaba sobre los hombros se desgarró y fue liberándole de la presión jirón a

jirón.

—Más —logró articular, tras un momento, en el mismo instante en el que sintió que Asmodeo rozaba su ano con la punta de su sexo.

—Impaciente —masculló el demonio, molesto, mientras le penetraba con brusquedad y, a la vez, le empujaba hacia delante, violentamente.

Las luces se intensificaron con un chasquido eléctrico que fue acompañado de un sonoro chapoteo y un aullido de placer procedente de Asmodeo.

Ertael, en cambio, solo pudo exhalar el aire que contenía ante el brusco contacto del agua gélida. La sensación de irrealidad y el placer se acrecentaron cada segundo sin respirar, sin ver, sin saber. Las conocidas manchas blancas de la inconsciencia se asomaron a sus ojos abiertos, y un grito de placer resonó bajo el agua cuando el ángel se estremeció violentamente. Su sexo se alzó cuando todo empezaba a ser demasiado oscuro, y solo entonces sintió al demonio tirar de su pelo para sacarle la cabeza del cubo de agua.

El placer de seguir vivo y el silencio breve de esos segundos fue demasiado para el ángel, que gruñó y entre jadeos erráticos eyaculó con violencia, varias veces.

—No he terminado contigo —gruñó Asmodeo e hizo un brusco gesto con la mano. Las cadenas que sujetaban las muñecas de Ertael se disolvieron así que este cayó hacia delante y se apoyó, antes de chocar contra el suelo, en las palmas de las manos—. Yo también soy bueno en mi trabajo —se burló y salió de él. Después se incorporó y caminó a su alrededor, mientras se masturbaba lentamente.

Al demonio le gustaba lo que tenía delante. Era muy satisfactorio: el placer quedó de detenerse, el níveo ángel doblegado, el esperma esparcido por el suelo, el temblor de los brazos de Ertael, que se negaba a moverse.

Sonrió y se pasó la lengua por los labios. Después se detuvo frente a su compañero y, aún sabiendo que los guerreros tendían a descontrolarse y a ser... agresivos en ocasiones, empujó su sexo hacia delante hasta rozar sus fríos labios.



—Abre la boca, Ertael.

Obedeció, sumisamente. Mantuvo la vista alzada y desafiante, pero cuando el demonio le forzó a tragar más profundamente, gimió. Sabía extrañamente bien y resultaba adictivo. Llegó a pensar, en un momento de lucidez mental, mientras lamía con avidez su sexo hinchado, que por qué los de su especie no habían ya dominado a los mortales.

Gimió, con la respiración agitada y aún quejumbrosa. Las embestidas de Asmodeo eran lentas, calculadas, de manera que siempre se retiraba antes de producirse una arcada. Se movía en el limbo de la incomodidad y el placer, y eso estaba volviéndole loco.

La excitación que sentía y que mantenía su sexo aún erecto, se difuminó rápidamente a través de su sistema nervioso hasta que, prácticamente, todo su cuerpo se estremeció. Y cuando fue consciente de que temblaba, sintió también lo demás: las manos contra el suelo, sus jadeos erráticos, el cosquilleo que dejaba el orgasmo en el vientre. Pero había algo más, algo por encima de todo: su repentina libertad. Se apartó bruscamente de Asmodeo y bufó, casi como un animal.

—Átame, imbécil —siseó, en cuanto fue consciente que, en su estado, podía perder rápidamente el control. Y aunque odiaba al demonio y todo lo que suponía, no quería mancharse las manos con más sangre—. Átame o le sentirás a Él.

Asmodeo no lo dudó un instante. Las luces estallaron con un blanco violento y doloroso, que cegó al ángel y le obligó a taparse el rostro con los antebrazos, mientras se encogía de dolor y contenía a duras penas los gritos.

—El Tirano no entrará aquí —gruñó el demonio, con voz grave y rotunda, mientras hacía descender las cadenas de nuevo.

Cerró los grilletes en brazos y muñecas de manera que Ertael quedara tumbado boca abajo, apoyado sobre el pecho y la mejilla derecha. Tenía los brazos incómodamente separados, al igual que las piernas. Todo el peso caía sobre las rodillas, lo que era doloroso y molesto.

Exactamente como quería que fuera.

—¿Sigues queriendo olvidar?

—Sí —susurró Ertael, gélidamente, mientras cerraba los ojos al sentir sus manos agarrar sus testículos. Contuvo un gemido placentero y se obligó a responder—. Siempre.

—Buen chico —ronroneó el demonio, que se inclinó sobre él y mordisqueó su espalda mientras se acomodaba tras y empujaba su sexo hacia su ano. Le penetró despacio al principio, hasta que llegó al fondo, y después se retiró con brusquedad, mientras emitía un gruñido de placer animal.



Ertael también gimió, sin poder evitarlo, en cuanto sintió que volvía a estar dentro de él. La sensación de abandono fue increíblemente devastadora, sobre todo cuando sintió las manos de Asmodeo rodeando su cintura para empujarse más en su interior. Y por Él, cómo lo sentía todo: la mente sin voces, el violento blanco que mantenía los recuerdos a raya, la presión, dolorosa y adictiva, de las embestidas del demonio. La excitación de cuerpo y mente y también el agradable cosquilleo del dolor.

Podría morir así. Y estaba tan seguro de ello que se dio cuenta de que no le importaría terminar con todo en ese mismo momento.

Asmodeo también notó el cambio de Ertael, la repentina sumisión absoluta, los gemidos de placer indecible que no ya contenía. Y de golpe, la violenta caricia de la energía del ángel, que se desprendía en oleadas.

El pago.

Aquel era el pago.

Un pago cuantioso, jugoso, lleno de la luz que tanto añoraban los demonios. La sensación era descontrolada, violenta, casi como un orgasmo. Su sexo se sacudió y engrosó un poco más, mientras que su sangre bulló con tanta desesperación por sentir más que se vio empujándose dentro de él con errática brusquedad. Y a medida que todo se descontrolaba y se llenaba de los gemidos primarios de ambos, volvió a sentirse vivo. Volvió a vivir y a morir, una y mil veces, mientras absorbía la esencia luminosa de lo único que les mantenía vivos.

Fue entonces cuando Ertael volvió a correrse. Lo hizo cuando Asmodeo alcanzó un punto profundo dentro de él, cuyo placer se extendió como un reguero de pólvora incendiada hasta alcanzar su sexo, que escupió de nuevo, varias veces, con fuerza. Después exhaló el aire con un gemido y se estremeció, con la piel erizada y la mente ida.

Y supo que su trabajo había terminado. La liberación que suponía aquella certeza fue el detonante a su contención, a sus buenas maneras. El oscuro placer del sexo envenenó su sangre hasta empujarle a los movimientos rápidos y animales, al sonido de sus cuerpos al chocar y a la sensación de la carne bajo sus dedos. La presión sobre su sexo creció a cada respiración agitada, hasta que todo se volvió demasiado y el demonio no pudo contenerse y se dejó llevar. Fue un orgasmo largo, de semen abundante, pero también de temblores humanos.



Tardó unos segundos en apartarse de él. Cuando lo hizo se levantó, tambaleante, y soltó las cadenas una por una, en completo silencio. Después le tendió la mano a Ertael, que gruñó y se levantó, orgullosamente.

Ninguno dijo nada mientras se vestían. Asmodeo regresó a su apariencia humana poco a poco, aunque escogió a una mujer de pelo corto para su siguiente encuentro. Ertael, en cambio, se limitó a vestirse con su ropa blanca, que ahora cubría sus moratones y mordiscos, su hombro ensangrentado. Se dirigió a la puerta cojeando ligeramente, pero con esa expresión tranquila que solo se veía muy de vez en cuando.

—Volveré —musitó, mientras se aseguraba de tensar de nuevo la trenza. Por último abrió la puerta, sin mirar a Asmodeo, y tomó aire—. Gracias —añadió, para marcharse justo después.

La puerta se cerró de nuevo.

Las luces se apagaron.

El ángel caído regresó a su infierno particular, ese que brillaba en blanco.

Y por Él, cómo odiaba ese color.



## AUTORAS

Abigail Villalba (Madrid. 9-7-90) es una voraz lectora desde muy temprana edad, comenzó sus andanzas literarias a los diez años. Desde entonces, y siempre de manera autodidacta, ha elaborado decenas de proyectos que ahora la ocupan.

Ha publicado dos volúmenes de su saga romántico-histórica *Imposibles*, una novela de amor y suspense contemporáneo: *La muñeca tatuada*, un relato corto: “¿Y si lo nuestro se acaba?” , y varias antologías.

Con *Rohan y los perros del rey* se inicia en la fantasía juvenil, aunque evoluciona en el género con *El último soñador*. Ahora, con *El blanco color del odio*, primer relato de *Crónicas de las cámaras*, se sumerge en el erotismo y la fantasía.

Redes:

Twitter: <https://twitter.com/Abiescritora>

Facebook: <https://www.facebook.com/Abigail.Villalba.Escritora/>

Instagram: @abi\_escritora

Wattpad: @lyannar

Itziar Aguado es artista plástica y diseñadora gráfica, de Pamplona.

Refiriéndonos al campo del arte, trabaja con todo tipo de técnicas, desde lápices hasta óleos, pasando por todo el espectro intermedio.

Actualmente sus acuarelas se centran en el manejo de la línea y la mancha, buscando el contraste entre la sencillez de la primera con la viveza y saturación de la segunda para crear imágenes decorativas, impactantes y

sutiles.

¡No dudéis en buscarme por las redes sociales y escribidme!

Redes:

Twitter: [https://twitter.com/itz\\_ag](https://twitter.com/itz_ag)

Facebook: <https://www.facebook.com/itziar.aguadogarcia/>

Instagram: @itz.aguado